

# Parte 2

Esa madrugada, Killa se despertó con una sonrisa dibujada en los labios. Un sueño le había llenado de dulzura su boca y ahora lo recordaba como si lo estuviera viendo por la pequeña ventana que daba al campo. Allí estaba su hijo y su hija anudados en un abrazo. Por fin todo su esfuerzo había dado resultado. Las conversaciones con Puca, la danza con las abejas, los trabajosos encuentros con Sachayoj, todo ahora tenía sentido, el trabajo había dado sus frutos. Se levantó sin dejar de ver a Kallpa y a Illari y trató de acomodar sobre la pared de adobe a sus nietos y a los hijos de sus nietos. Eran muchas caras como para poder distinguirlos con claridad, pero ya el saber que eran muchos y todos juntos, le festejaba el corazón. Se vistió con la certeza de que la muerte no la vendría a buscar antes de juntarse con los suyos y salió a recorrer los sembradíos, porque eso era lo que le mantenía el recuerdo de su familia. Sembrada la tierra y sembrada la carne, todo continuaba, tierra y carne eran bañadas por el agua y acariciadas por el sol. Mientras se sembrara, el sol y el agua cumplían con su trabajo y la vida continuaba. Suspiró con el pensamiento puesto en cuantos nacimientos de soles faltarían para juntarse con los suyos, pero eso no la entristeció, ella sabía esperar, lo único que interrumpía su felicidad era una lejana señal que no podía interpretar. Era como un presagio que tenía hacía unos días, lo vio en los ojos negros y tristes del guasuncho, pero ni las abejas, ni Puca, pudieron ayudar a dilucidar la incógnita. Tenía la certeza que se encontraría con su gente y que vivirían en paz y armonía por muchos soles y lunas y eso era bastante con los años que le quedaba en este lado de la tierra. Sin embargo, aunque quisiera, no podía sacarse de su cuerpo esa sensación que persistía en envenenarle de a poco la alegría que recorría su cuerpo esa mañana.

¡Otra vida hay fuera del monte! Para Ashua se le abría un horizonte de sentidos tan inmenso como ese campo, sin quebrachos que obstaculizaran la visión. Volvían a él las sensaciones que había tenido de pequeño, cuando realizó ese viaje con “el tío Iván”, donde, además de la ciudad, había contemplado la llanura, el verde, los colores de las frutas y las flores, el amarillo de los sembradíos pegados en el horizonte junto al cielo. Todo tenía el encanto de lo nuevo y hasta el frío se dio cuenta de que debía retirarse para dejar paso a días que pintaran la tierra con todos sus colores. Comentaba con su hermana cada cosa que descubría, aunque fueran a todas luces minucias sin trascendencia. Para mejor, ambos habían descubierto que tenían primos lejanos, más o menos de la misma edad, con quienes congeniaron de inmediato. Ellos, por orden de su padre, eran los encargados de la etapa de adaptación de los nuevos habitantes. Los primeros días saltaban de un lado al otro, miraban aquí y allá, tenían los oídos bien atentos a las explicaciones de Dionicio, Nicasia y Laurinda.

—Ese es el corral de los chivos.

—Acá hay sembrada batata.

—Allá se prepara la tierra para el zapallo y la sandía.

—¿Y de dónde sacan el agua para regar?

—¿Y cómo hacen para que el agua llegue hasta acá?

—¿Y cuándo tiran las semillas no se las comen los pájaros?

—¿Y los chivos no pisan los sembradíos?

—Vengan— propuso Nicasia, agobiada por tantas preguntas.

Caminaron unos metros hasta un galpón donde se guardaban las herramientas y detrás de este descubrieron dos caballos y una mula que pastaban.

—¡Qué lindos que son!

—Además de lindos son muy trabajadores.

—¿Trabajadores?

—Así es. Ellos tiran el arado y sin su trabajo no habría sembradío.

Era demasiada información: una tormenta de imágenes y sensaciones que no lograban asimilar en tan poco tiempo.

—De a poco van a conocer todo —los calmó Laurinda.

Fueron momentos inolvidables para Ashua. Días en que daban ganas de despertar de madrugada para comenzar una nueva aventura. Se levantaba de un salto dispuesto a llenar su cuerpo de nuevos olores y colores. Todo lo contrario le sucedía a su padre. Había nacido en el monte, vivido en el monte y aunque no quería que sus hijos llevaran esa vida sin horizonte, él no estaba preparado para asimilar esos colores y sabores. No podía encarar una nueva vida “de prestado”, porque tenía una terrible frustración con su vida edificada a hachazos. Waylla, en cambio recibía en su sangre las señales de su familia materna, que había trabajado la tierra durante generaciones. Ella había rejuvenecido, parecía que sus raíces bebían el agua fresca de la tierra y lo único que la ensombrecía era el estado de Hilario. Encima el Gringo, que era con quién él más se comunicaba, se había ido porque pretendía seguir su camino peregrino por los montes, con su valija a cuesta. Renegaba de quedarse clavado en un lugar como un quebracho, decía. Hilario se encontraba perdido en un lugar que no conocía y que no era suyo; todo le mostraba su fracaso. Lo único que había hecho en su vida era talar árboles y no tenía la más mínima idea de cómo hacer crecer plantas de la tierra. Para peor, hasta que levantaran un rancho debían convivir todos juntos, apretujados, con gente que él apenas conocía. Eso lo enojaba y culpaba de la situación a su mujer. Se puso insistente en el tema de la casa y logró que Kallpa y su esposa Alba, se comprometieran con pedir ayuda a los Cardozo para que el fin de semana se acercaran a dar una mano. Ellos tenían dos hijos bien fuertes para el trabajo.

—Son hermosos —suspiró Laurinda.

—¿Los hermanos? —preguntó Luna.

—Uno más lindo que el otro —acotó.

—Ya los vas a conocer —prometió Nicasia.

Y Luna no paraba de recibir sorpresas. Ahora, el fin de semana se le presentaba como un nuevo momento cargado de intriga y emoción.

Motores que vienen por la tierra y otros que andan por el cielo; ahí está de nuevo ese avioncito, ¿has visto? Anda bien alto, pues, mucho más alto que tus brazos extendidos hacia arriba y no entiendo cómo no se derrite; si acá es un infierno, ahí más cerca del sol... Pero ahora va a empezar a bajar y a dar unas vueltas en el aire, como si calculara algo y después se va a pegar al suelo para tirarle esa nube de veneno... Ojalá se lo tragara la tierra. Por acá arriba no pasa, pero el viento arrastra toda esa porquería y esto empieza a parecerse a un desierto. Los mistoles y algarrobos están resecos; muertos, se descascaran como si fueran de cartón y ya empiezan a secarse algunos cultivos y algunos chivos que se nos murieron. Seguro que debe ser por tomar agua envenenada de algún lugar que no sea de nuestra represa. ¿Sientes el veneno, Puca? Entra por la respiración de tus hojas, pero también te lo chupas con el agua que absorbe tus raíces. Acá todavía no es para tanto, pero la gente de más lejos ya no puede sembrar, tiene hambre y además se enferma por la porquería esa que les tiran. Lo único que queda vivo es la Plaga Verde, que cada vez engorda más y ocupa las tierras como una lengua venenosa. Las langostas no tienen cultivos para comer y revolotean por todos lados, se aferran a tus hermanos enfermos y viejos, los envuelven y se comen la corteza reseca. Si no nos pueden sacar con las máquinas, no quieren correr con ese veneno. Si logramos quedarnos aquí, algo vamos a tener que hacer. No se puede seguir así, porque de lo contrario aunque con la Destructora no puedan va a poder el veneno este. ¿No se dan cuenta de lo que hacen? El magistrado, el jefe de los Guardianes de la Plaga, el de la Destructora, el que dice ser dueño de las tierras, los Representantes, el Mandatario, ¿no se dan cuenta? Nos intoxican a nosotros, pero además envenenan a la tierra y con eso se matan ellos mismos, ¿no se dan cuenta? Bueno, pero lo primero es lo primero y ahora los tenemos encima. Hay que frenarlos y después veremos cómo parar esto del veneno que esparce ese avioncito. Allí está, bien bajo, a la altura de donde nacen tus brazos, se escucha el motor y se ve como esparce esa nube; ahora toma fuerza y se eleva. El que maneja el avioncito debe ver a los camiones y a la máquina bien chiquitos... Me gustaría volar; no en esa avioneta; volar, no sé cómo; treparme a tus ramas, aferrarme a tu brazo más largo, pedirte que me impulses hacia arriba con toda tu fuerza, soltarme, abrir mis brazos como alas y volar, casi flotar como una pluma y ver el campo desde muy alto... ¡Ja! Y ver por dónde andan los camiones y la máquina para saber cuánto falta para que lleguen, pues.

En el galpón apenas entraba la claridad del sol en pequeñas vetas que se filtraban por el agujero del techo o por hendidias que había en las paredes de adobe. Allí colgaban las herramientas de trabajo, ordenadas con parsimonia por Kallpa. Para los recién llegados del monte eran

desconocidas, claro que sabían de la pala, el hacha o el machete, pero Kallpa le mostraba a Luna otros instrumentos que jamás había visto en su vida, mientras afuera, Dionisio aleccionaba a Ashua.

—Esta es la azada que se utiliza para cavar y remover la tierra, acá está una barreta, ¿ves que termina en punta?, es porque se utiliza para hacer agujeros en la tierra.

—¿Para qué se hacen agujeros en la tierra?

—Esos agujeros lo hacemos con la barreta; ¿ves Ashua?, ahora tenemos que poner los platines y tubérculos.

—¿Y eso en forma de media luna?

—¿Y esa maleza con qué la sacan?; ¿con guadaña?

—Y también con la hoz. La juntamos con rastrillo y horqueta.

—¿Y los surcos cómo lo hacen?—preguntó Ashua.

—¿Y esta cosa tan grande? —preguntó Luna.

—Con arado de “mancera”.

—Acompáñame, Luna que te explico. Esa es una herramienta fundamental para trabajar la tierra y se usa de a dos: un caballo y una persona.

—¿Cómo?

—Sí, esto se llama arado de “mancera”. Uno de ellos tira y detrás, apoyado sobre estos mangos y con esta soga de cuero colgada en el cuello, va una persona. La presión que hacen sus brazos mantiene a la reja clavada en la tierra y así aparece el surco. Ya lo van a ver. La semana que viene vamos a tener que preparar el terreno de allá al fondo; si somos más bocas para comer debemos sembrar más. Después le muestro cómo funciona el arado de “asiento”, que está afuera; ese es tirado por los dos caballos y la mula.

—¿Y esos tachos? —no descansaba, Luna.

—Allí hay un líquido preparado para matar bichos. Se les rocía a los cultivos y así se evita que se

los coman y que el sembradío termine destruido. Está preparado por nosotros con una mezcla que nos enseñó mama Killa. Es muy importante, porque si no se le echa esto y no se controla todos los días si los plantíos están abichados, se puede perder toda la cosecha. Los bichos y la sequía son los peores enemigos que tenemos acá. Para el zapallo utilizamos las cenizas de los fogones; juntamos durante el año y la guardamos para combatir la oruga.

—¿Cómo hacen cuando no llueve?

—Ven, pues —Dionisio lo tomó del brazo.

—Ven, pues —Kallpa la tomó del brazo.

Caminaron hasta los primeros surcos y el hombre les mostró las pequeñas canaletas por donde corría el agua. Ahora se juntaron Dionisio, Kallpa, Ashua, Luna, Laurinda y Nicasia

—Pero están secas.

—Porque ahora no les hace falta el agua. Cuando es necesario yo les abro paso.

Se dirigieron hacia unos piletones hechos de piedra repletos de líquido.

—Cuando es necesario levanto esta palanca y miren como de a poco empieza a correr el agua por las canaletas hacia los surcos —explicó Kallpa.

—¿Y de dónde viene toda esta agua?

—Allá hay un río y el agua la traemos a través de un canal que hicimos hace muchos años. Dio mucho trabajo, porque nosotros estamos al mismo nivel que el río, así que a pura pala nos pusimos a hacer el declive necesario para que el agua se deslizara.

—¡Qué cansancio!

—Todo es mucho trabajo acá —intervino Laurinda—: No sólo en la tierra, porque también hay que lavar, limpiar, cocinar, arrear a los chivos, darles de comer a los chanchos y a las gallinas, ir al pueblo a comprar o a vender.

—Pero tiene sus cosas lindas, como levantar una sandía madura y sentir ese olor dulzón o poner en la olla las batatas, el maíz, el zapallo, que nosotros mismos plantamos y cosechamos —recitó Nicasia.

—Y es bueno que nadie nos mande y no trabajar para otros —afirmó Dionisio.

—Bueno, has visto que eso no es tan así, el algodón lo tenemos que vender y el precio no lo ponemos nosotros, por lo de que de alguna forma trabajamos para quien nos compra el algodón —aclaró Kallpa.

Siguieron el recorrido y las explicaciones.

—Y allí está el corral de los chivos, pues.

—Las cabras nos dan la leche, con la que hacemos quesos y también, aunque a mí me da mucha lástima, a veces nos dan su carne.

—¡Pobrecitos! Yo nunca podría comerme un animalito que veo todo el día por ahí.

—¡Ja! Ya vamos a ver si vas a comer o no —sonrió Dionisio.

El almuerzo estaba servido debajo del alero. Ashua y Nicasia caminaban juntos.

—¿Quieres conocer el río? —preguntó ella.

—¿Me llevas?

—En la siesta.

Se sentaron a orillas del río para observar el devenir del agua y observarse ellos. Así se descubrieron hombre y mujer. La firmeza de ese cuerpo, la cara chata y morena, una sombra de bigote y esa mirada tierna y extraña a la vez. Labios carnosos, ojos que reflejaban el color del río, pechos insinuantes debajo de la tela, que atraían, que obligaban a sacar la mirada y arrojarla al agua, para enfriarla.

Cuando volvieron del río vieron a Waylla agitar sus manos.

—¡Vamos changos, que empieza la reunión!

La mesa era amplia y el mate corría de una punta a la otra. Alrededor de ella estaban Ramón, Illari, Hilario, Waylla, Kallpa, Alba, su hijo Nicasio, junto a su esposa Carmen y sus tres hijos. Los más jóvenes, Dionisio, Nicasia, Laurinda, Ashua y Luna, se acomodaron en el piso. Faltaban dos

hijos de Kallpa y sus respectivas familias, que hacía algunos años se habían marchado a probar vida a otros rincones de la provincia.

—Traje un mate, porque abajo no va a llegar ninguno —comentó Laurinda.

—Tenemos que organizarnos—comenzó Kallpa—. Este fin de semana vamos a empezar a construir la casa. En quince días empezamos a levantar el algodón y también hay que preparar la tierra para el zapallo y la sandía.

—Prepárense para sudar, changos...No te quemes Ashua, que está que pela.

—Ya casi nos quedamos sin queso y hay que ponerse a prepararlo —acotó Alba.

—¡Ahh!—se quejó Ashua, con la lengua afuera y la cara fruncida, lo que arrancó la carcajada del grupito del piso.

—¡Changos, presten atención que esto nos interesa a todos, pues!

—Qué rico, tortilla recién hecha, calentita, con queso...Hum...

—¡Ya está bueno changos! —se enojó Kallpa y continuó: —Como somos más vamos a empezar a trabajar aquel campo; allí podríamos probar con el maíz. En principio es conveniente que compartamos el trabajo y lo que se cosecha. Más adelante veremos como ustedes tienen sus cabros, para tener su leche y sus quesos y cómo dividimos la cosa: es decir qué siembran ustedes y qué nosotros, para poder complementarnos.

—En el monte, además de tortilla comíamos pan—dijo Luna.

—De la misma forma tendríamos hacer con la plata, pues —intervino Carmen. —.Que lo que se saque de la venta se reparta. Además de mantener un pozo con la idea de comprar lo que haga falta para la siembra.

—Pero el queso ni lo veíamos—se quejó Ashua.

—De lo que vendemos sacamos la plata para hacernos de otras cosas que acá no tenemos—, acotó Nicasio.

—Qué triste, vivir sin queso—bromeó Laurinda.

—Claro, para alimentarnos lo fundamental nos lo da la tierra, otras cosas se consiguen con el trueque en el pueblo o con otros productores. El resto de la mercadería nos las trae el que nos compra el algodón: desde el momento que nos alcanza las semillas ya nos descarga ropa, zapatillas, aceite, grasa, harina, yerba. El problema es que el precio del algodón lo pone él y cuando terminamos de entregarle la cosecha ya no nos queda nada para cobrar porque nos consumimos todo en la mercadería que nos fue dando.

—A mí me encanta el quesillo con miel—intervino Nicasia.

—En el almacén del pueblo dejamos tantas bolsas de batata y nos dan tantas latas de aceite o tantas bolsas de harina —interpuso Alba.

—¿Dónde queda el pueblo? —preguntó Ashua.

—Es por donde vinieron—contestó Dionisio—. Allí se abren dos caminos: uno para venir acá y el otro para llegarse al pueblo... Cuando estén instalados nos damos una vuelta para que lo conozcan.

—Y de paso me compro algunas revistas —dijo Nicasia.

—Bueno, lo que queda es que empecemos mañana mismo a juntar materiales para levantar la casa, así aprovechamos el tiempo el fin de semana.

La reunión concluyó y todos se dispersaron. Carmen y Nicasio se fueron a su rancho, Illari se puso a ayudar a Alba a encender los candiles y faroles, Waylla se fue a acomodar un poco la casa, Hilario, Kallpa y Ramón se quedaron conversando algo sobre el trabajo, Laurinda, Dionisio y Luna partieron a juntar leña, Ashua y Nicasia se dirigieron al galpón.

—Vamos a buscar batatas —ordenó ella.

—Gracias por llevarme al río.

—¿Te gustó? Cuando haga más calor nos podemos bañar.

—¿Y se puede pescar?

—El tata dice que una vez sacó un dorado, para mí que es pura mentira, porque yo lo único que vi sacar fueron algunos bagres.

—En el próximo paseo nos vamos de pesca.

—Sí, y todavía tienen que conocer el pueblo.

Se pusieron a pelar batatas alumbrados por un farol. Al rato todos se arrimaron al fogón porque la noche se presentaba con los últimos fríos. Hablaron y rieron, con la alegría de saber que al otro día recibirían nuevas almas y brazos para que el trabajo se convirtiera en una fiesta.

